"En cuanto á M. le Grand, se le hace cargo no solo de ser cómplice de esta conjuracion, sino tambien de ser su autor y promovedor.

"M. le Grand envenena el ánimo de Monseñor con temores imaginarios y forjados por él: primer crímen.

"Para armarse contra esos terrores, le induce á formarse un partido en el Estado: segundo crímen.

"Le induce á unirse á la España: tercer crímen.

"Le impulsa á arruinar al señor cardenal y lanzarle de su puesto: cuarto crímen.

"Le induce á hacer la guerra en Francia durante el sitio de Perpiñan, para turbar la felicidad de este estado: quinto crímen.

"Forma por sí mismo el tratado con España: sesto crímen.

"Presenta á Fontrailles á Monseñor para que sea portador del tratado y enviado al conde de Aubijoux. Estas secuelas *pueden ser consideradas* como un sétimo crímen, ó por lo menos, como el complemento de todos los otros.

"Todos son crímenes de lesa majestad, pues el que dice relacion con la persona de los ministros y de los príncipes, está reputado por las leyes antiguas y constituciones de los emperadores, por de igual gravedad que *los cometidos contra sus propias personas.*

"Un ministro *sirve bien* á su príncipe y á su Estado; de consiguiente, el que se lo quita á ambos, es como si privase al primero de un brazo, y al segundo de una parte de su poder."

No hubiera sido difícil responder á estas absurdas pretensiones de un poder sin fiscalizacion; pero nada se podia decir relativamente al tratado con España. Seguramente si Cinq-Mars hubiese sido menos ardiente, menos orgulloso y mas hábil, habria podido derribar fácilmente al anciano ministro, sin ostentar en su frente el cartel de *aliado del estranjero*, título aborrecido siempre de las naciones, ya sean éstas monárquicas ó republicanas. Pero Cinq-Mars obraba mas bien de corazon que de cabeza, y amando á María de Gonzaga, queria elevarse bastante alto para llegar hasta ella. Desde el punto en que no podia obtenerla, ¿qué le importaba lo demas? Oigamos su interrogatorio, y veremos lo poco que temia agravar su posicion con revelaciones imprudentes.

"M. de Cinq-Mars, dice un escrito contemporáneo, confesó al canciller que la pasion mas fuerte que le habia impulsado á hacer lo que habia hecho, era derribar al cardenal, á quien profesaba una aversion que no podia vencer ni moderar.

"Decia que seis cosas le habian inspirado aquella aversion:

"La primera, que despues del sitio de Arras, en cuyo final se halló, habia el cardenal hablado de él como de una persona que no habia manifestado mucho valor.

2.ª "Que despues de la alianza del marqués de Sourdis y de su hermano, habia dicho el cardenal que M. de Sourdis habia hecho honor á su casa.

3.ª "Que habiendo deseado que le nombrasen duque y par, el cardenal habia influido con el rey para que no lo hiciese.

4.ª "Que se habia visto obligado á tomar la proteccion del arzobispo de Burdeos, á quien creyó que se queria perder.

5.ª "*Que hablando de la princesa María, le dijo que su madre queria enlazarle con ella.* Su eminencia dijo *que su madre Mad. de Effiat era una loca, y que si la princesa María abrigaba esa idea, era mas loca todavía:* que habiendo sido propuesta para esposa de Monseñor, era mucha vanidad y presuncion, y hasta una cosa ridícula el pretenderla.

6.ª "Que al cardenal le habia parecido estraño que el rey le admitiese en el consejo y le habia hecho salir de él."

Cinq-Mars confesó ademas que M. de Thou habia tenido noticia de la conspiracion y del tratado hecho con España

Por lo demas, la decision de los jueces estaba, como puede conocerse, tomada de antemano, y ni Cinq-Mars ni Thou podian escaparse de ser condenados.

VI.

Entre los antiguos castillos de que la Francia se va despojando cada año á su pesar, como de otros tantos florones de su corona, habia uno de aspecto sombrío y agreste en la orilla izquierda del Saona. Asemejábase á un centinela formidable colocado á una de las puertas de Lyon, y tomaba su nombre de la enorme roca de Pierre-Encise, que se eleva á pico como una especie de pirámide natural, cuya cima encorvada hácia el camino é inclinada sobre el rio, se reunia en otro tiempo, segun dicen, á otras rocas que se ven en la orilla opuesta formando como el arco natural de un puente. Pero el tiempo, las aguas y la mano del hombre, no han dejado en pié mas que la antigua mole de granito que servia de pedestal á la fortaleza derruida en la actualidad. Los arzobispos de Lyon la habian hecho construir en otros tiempos como señores temporales de la ciudad, y tenian allí su residencia: despues se convirtió en plaza de guerra, y en tiempo de Luis XIII llegó á ser una prision de estado. Una sola torre colosal, en la que no podia penetrar la luz mas que por tres largas troneras, dominaba el edificio, al cual rodeaban con sus gruesas paredes algunos edificios irregulares, cuyas líneas y esquinas seguian las formas de la roca inmensa perpendicular.

Allí fué á donde el cardenal Richelieu condujo á su presa. Dejando que Luis le precediese á Paris, arrebató á sus jóvenes enemigos de Narbona, llevándolos tras de sí para adornar su último triunfo, y viniendo á tomar el Ródano en Tarrascon, casi en su embocadura, como para prolongar el placer de la venganza, que los hombres se han atrevido á llamar manjar de los dioses. Ostentando el cardenal á los ojos de las dos riberas el lujo de su odio, subió el rio con lentitud sobre dos barcas de ramos dorados empavesadas con sus armas,

recostado en la primera y remolcando á sus dos víctimas en la segunda, al estremo de una larga cadena.

Muchas veces por la tarde, despues que habia pasado el calor, se quitaba á los barcos sus tiendas, y se veia en el uno á Richelieu, pálido y descarnado, sentado sobre la popa, y en el que iba detras á los dos prisioneros de pié con la frente tranquila, apoyados uno en otro y contemplando el curso rápido de las aguas. En otro tiempo, los soldados de César que acamparon en aquellas mismas orillas, habrian creido ver al inflecsible barquero de los infiernos conduciendo las sombras amigas de Castor y Polux; los cristianos no podian siquiera suponer que fuese un sacerdote que llevaba á sus dos enemigos al verdugo. El cardenal pasó dejándolos custodiados en aquella misma ciudad, donde los conjurados habian propuesto hacerle morir. Así se complacia en jugar en presencia del destino, y en poner un trofeo donde aquel habria querido colocar su tumba.

"En la travesía, dice la crónica, el barco tomó tierra en la ensenada de Bonneri. En esta ciudad, en donde le aguardaba casi toda la nobleza, le saludó monseñor de Vivier al desembarcar; pero fué preciso para hablarle aguardar que estuviese en la habitacion que se le habia praparado en la ciudad. Cuando su barco tocó en tierra, habia un puente de madera que desde el barco llegaba hasta la orilla del rio: despues de ver si estaba bien seguro, se sacaba el lecho en que dicho señor iba recostado, porque padecia un dolor ó una úlcera en el brazo. Habia seis hombres robustos que llevaban el lecho en dos palancas, y los puntos por donde esos hombres las agarraban, estaban almohadillados y forrados con pieles. Llevaban sobre sus hombros y alrededor del cuello, ciertas almohadillas guarnecidas por dentro con algodon y por fuera con búfalo, de tal suerte que los correones que se ponian al cuello eran como estolas que bajaban hasta las palancas en las que estaban enganchados. Así es como esos hombres llevaban el lecho y al dicho señor por las ciudades y á las casas en donde debia alojarse. Pero lo que admiraba á todo el mundo era, que entraba en las casas por las ventanas, porque antes de que él llegase, los albañiles que llevaba quitaban las puertas-ventanas de las casas, ó practicaban aberturas en las paredes de las habitaciones de su alojamiento, y despues se colocaba un puente de madera desde la calle á las ventanas ó aberturas de su habitacion. Conducido así en su lecho portátil pasaba por las calles y le trasportaban por el puente á otro lecho que le tenian preparado en su cuarto, guarnecido de antemano por sus dependientes, de damasco encarnado y morado con muebles riquísimos. En Viviers se alojó en casa de Montarguy, que se halla actualmente en la universidad de nuestra iglesia. Echóse abajo la puerta-ventana del cuarto que dá á la plaza, y el puente de madera para llegar á él pasaba desde la tienda de Noel de Vielh, bajo la casa de Ales por el lado del Norte hasta la abertura de la ventana, á donde fué conducido el cardenal de la manera antedicha. Su cuarto estaba custodiado por todos lados, tanto bajo los techos como á los costados, y encima de las habitaciones que ocupaba. Su corte estaba compuesta de personas de importancia, en quienes reinaba la política, afabilidad y cortesanía. La devocion era mucha porque los soldados, que son por lo regular poco devotos é impíos, hicieron grandes devociones. Al dia siguiente, que era domingo, muchos de éstos confesaron y comulgaron con señales de gran piedad y no cometieron ninguna insolencia, viviendo casi como doncellas. La nobleza practicó tambien grandes devociones. Cuando estaban sobre el Ródano, sin embargo de haber muchos barqueros, así en las barcas como detras de los caballos, nadie osaba blasfemar, que es casi un milagro que tales gentes se contuviesen de aquella manera: no se les oía proferir sino las palabras necesarias para las maniobras de sus barcos, pero tan modestamente que todo el mundo estaba encantado,

"Monseñor el cardenal Bigni hospedó al arcediano. Habíase preparado la casa de M. Vanisse para monseñor el cardenal Mazarino; pero en el barrio de Saint-Andeal tomó la posta para ir á á reunirse con el rey. El domingo 25, el espresado señor fué conducido otra vez á su barco en el mismo órden."

Remolcado así por Richelieu, llegó M. de Thou al castillo de Pierre-Encise, á donde le habia precedido Cinq-Mars, enviado de antemano por Richelieu.

Una crónica publicada hace ciento setenta y dos años, refiere la llegada del escudero mayor á la ciudad de Lion.

"M. de Cinq-Mars, dice la espresada crónica, llegó á Lion el 4 de Setiembre del presente año de 1642 á las dos de la tarde, en un carruaje tirado por cuatro caballos, en el que iban cuatro guardias de corps con el mosquete al brazo, y rodeado de cien guardias de infantería pertenecientes al cardenal duque. Delante marchaban doscientos ginetes, la mayor parte catalanes, que iban seguidos de otros trescientos bien montados.

"M. le Grand iba vestido de paño de Holanda de color morisco, cubierto todo de brocado de oro, con una capa de escarlata con gruesos botones de plata, el cual, en el puente del Ródano, antes de entrar en la ciudad, pidió á M. de Ceton, teniente de guardias escocesas, si tenia á bien mandar cerrar el carruaje, cosa que le fué negada. Fué conducido por el puente de San Juan, desde allí al Change, y luego por la calle de Flandes hasta el pié del castillo de Pierre-Encise, mostrándose continuamente en las calles por una y otra portezuela, saludando á todo el mundo con semblante risueño, y sacando medio cuerpo fuera del carruaje. Tambien reconoció á muchas personas á quienes saludó llamándolas por sus nombres.

"Luego que llegó á Pierre-Encise, no dejó de sorprenderse cuando le dijeron que era preciso bajar y montar á caballo por las afueras de la ciudad para llegar al castillo.—Con que esta es la

última que haré, dijo, creyendo que se habia dado órden para conducirlo al bosque de Vincennes. Habia preguntado varias veces á los guardias si se le permitiria salir á caza cuando estuviese allí.

"Su prision estaba al pié de la torre del castillo que no tenia mas vistas que dos ventanas pequeñas que daban á un jardinito, y debajo de las cuales habia un cuerpo de guardia; en el cuarto dormia tambien M. Ceton con cuatro guardias en la pieza contigua, y en todas las puertas habia gual vigilancia."

Fácil es concebir la alegría que sintieron Cinq-Mars y Thou al verse reunidos en el castillo de Pierre-Encise.

Allí los encontraremos en el momento en que acababa de ser decidida su suerte por los jueces de Richelieu.

VII.

Luego que ambos amigos fueron avisados de que se les iba á leer la sentencia pronunciada contra ellos, fortalecieron su ánimo y se prepararon á mostrar una resolucion digna de ellos.

M. de Thou tomó la palabra, y dirigiéndos al marqués de Cinq-Mars, le dijo sonriéndose:

—Humanamente hablando, podria quejarme de vos porque me habeis acusado y por vos voy á morir. ¡Pero Dios sabe lo mucho que os amo! De consiguiente, muramos valerosamente y ganemos juntos el paraiso.

—Gracias, noble amigo, murmuró Cinq-Mars entre sollozos.

Y se dejaron caer en brazos uno de otro abrazándose con una grande efusion de corazon.

Lectura de la sentencia.

Luego se dijeron, que habiendo sido tan buenos amigos durante la vida, seria para ellos gran consuelo el dejar juntos la tierra y reunirse en la muerte.

Entrando á la sazon el escribano criminalista del presidial de Lyon, esclamó M. de Thou:

—*¡Quam speciosi pedes Evangelisantium pacem, Evangelisantium bona!*

A lo cual respondió el escribano leyendo una sentencia que declaraba á Cinq-Mars y á Thou, "reos y convictos del crímen de lesa majestad; á saber, al dicho Effiat, marqués de Cinq-Mars, por las conspiraciones y empresas, traiciones, ligas y tratados hechos por él con los estranjeros contra el Estado, y al dicho Thou por haber tenido conocimiento de dichas conspiraciones, empresas, etc.: en reparacion de lo cual los jueces les privan de todos sus honores, estados y dignidades; les han condenado y condenan á que se les corte la cabeza en un cadalso que se erigirá al efecto en la plaza de Terreaux de esta ciudad; han declarado y declaran sus bienes muebles é inmuebles, cualesquiera que sean y en donde quiera que estén situados, confiscados á favor del rey, y los habidos por ellos inmediatamente de la corona reunidos al patrimonio de ésta, deduciendo de ellos préviamente la suma de sesenta mil libras, aplicable á obras piadosas, y ademas ordenan que al espresado Effiat Cinq-Mars, antes de la ejecucion, se le aplique el tormento ordinario y estraordinario, para obtener mas ámplia revelacion de sus cómplices."

Luego que el escribano terminó su lectura, se volvió Thou hácia Cinq-Mars y le dijo:

—¡Loado sea Dios!

—¡Bendito sea! respondió Cinq-Mars.

Y el escudero mayor levantándose añadió:

—La muerte no me sorprende; pero confieso que la infamia de ese tormento repugna fuertemente á mi carácter, y la encuentro indigna para un hombre de mi edad y de mi condicion. Creo que las leyes me ecsimen de ella, ó por lo menos así lo he oido decir.

Hablando así daba largos pasos, repitiendo á cada momento:

—¡Oh! sí, la muerte no me asusta, pero no puedo acostumbrarme á la idea de ese tormento.

Thou logró calmar á su amigo, á quien se prometió que solo se le conduciria al tormento por mera formalidad, y ambos pidieron conferenciar, el uno con el padre Malavalette y el otro con el padre Mambrun.

Los guardias tenian bañados en lágrimas sus ojos, y Cinq-Mars les dió gracias por aquella muestra de simpatía.

—Amigos mios, les dijo, no lloreis: las lágrimas son inútiles. Rogad á Dios por mí y estad seguros de que la muerte jamas me infundió miedo.

M. de Thou los abrazó á uno tras otro, y salieron ocultándose el rostro con sus capas.

VIII.

En esto entró el padre Malavalette, y Cinq-Mars corrió á echarse en sus brazos esclamando:

—Padre mio, quieren darme tormento y no puedo resignarme á ello.

El jesuita se esforzó en consolarle y fortalecerle, y no fueron vanos sus esfuerzos. Cinq-Mars se habia resignado á sufrir todo, cuando entraron por él Laubardemont y el escribano para llevarle al cuarto del tormento.

Al pasar Cinq-Mars al lado de su amigo, le dijo con sorda voz:

—Ambos estamos condenados á morir; pero yo soy mucho mas desgraciado que vos, porque ademas de la muerte, tengo que sufrir el tormento ordinario y estraordinario.

Como le hiciesen pasar por diferentes piezas, dijo sonriéndose:

—¿Tan lejos me llevais?

Al entrar en el cuarto del tormento, esclamó:

—¡Oh! ¡oh! señores: ¡qué mal me huele aquí!

Sin embargo, cumpliéronle á Cinq-Mars la palabra, y solo fué presentado al tormento sin que sufriese tortura ninguna.

Luego que volvió á su prision, permaneció cerca de media hora con su amigo Thou. Pidiéronse ambos perdon recíprocamente, y se abrazaron con las demostraciones de un cariño sincero. En seguida se separaron despues de haber dicho Cinq-Mars:

—Ya es tiempo, amigo mio, de cuidar de nuestra salvacion.

Así que Cinq-Mars se separó de Thou, pidió un cuarto aparte para confesarse. Obtúvolo con gran trabajo, y pasó en él una hora con el padre Malavalette.

En seguida, como hiciese veinticuatro horas que no habia probado bocado alguno, le sirvieron huevos frescos y vino.

Mientras tomaba aquella modesta comida, dijo al padre jesuita.

—Lo que mas me admira es verme separado de todos mis amigos.

—¿Teníais muchos segun eso? preguntó el sacerdote.

—Mientras he gozado del favor de S. M. he procurado siempre granjéarmelos.

—¡Ay! esclamó el jesuita: ¡hay tan pocos!

—Teneis razon, repuso Cinq-Mars: yo creia haber inspirado sentimientos de amistad sincera, pero ahora conozco cuánto me he engañado.... Como habeis dicho, las amistades de corazon no son mas que disimulo.

Bajó eu seguida la cabeza como abismado en sus reflecsiones, y añadió:

—¡Triste idea por cierto es esa!

—Sí, dijo el padre Malavalette, muy triste es en efecto, pero no debe sorprender á los hombres que han vivido, pues saben que tal es el carácter del mundo. Este solo tributa obsequios y atenciones á los poderosos y felices, y deja á los pobres y desconsolados en el abandono.

Conversaron así por largo tiempo, hasta que al fin Cinq-Mars pidió papel y pluma, y escribió á su madre la siguiente carta:

"Mi muy querida y honrada madre: os escribo por no serme permitido veros, para conjuraros, señora, que me deis dos pruebas de vuestra bondad: la una concediendo á mi alma el mayor número de oraciones que os sea posible para mi salvacion; la otra que, ya sea que obtengais del rey los bienes que he obtenido en mi cargo de escudero mayor y los que me podian corresponder por cualquiera otro concepto antes de ser confiscados, ya no se os conceda dicha gracia, tengais bastante generosidad para pagar á mis acreedores. Todo lo que depende de la fortuna vale tan poco, que no debeis rehusarme esta última súplica que os hago por el reposo de mi alma. Creedme, señora, en esto mas bien á mí que á vuestros sentimientos, si muestran repugnancia á mi deseo, pues no dando un paso que no me conduzca á la muerte, soy mas capaz que nadie para juzgar del valor de las cosas de este mundo. Adios, señora, y perdonadme si no os he respetado bastantemente en el tiempo que he vivido. De todos modos estad segura de que muero, mi muy querida y honrada madre, vuestro muy humilde obediente y agradecido hijo y servidor,

"Enrique de Effiat de Cinq-Mars."

IX.

Entre tanto M. de Thou se habia quedado con su confesor en la sala de audiencia.

Luego que estuvieron solos se arrojó M. de Thou al cuello del padre Mambrun.

—Padre mio, le dijo con efusion, no tengo pena ninguna: estamos condenados á la muerte y vos